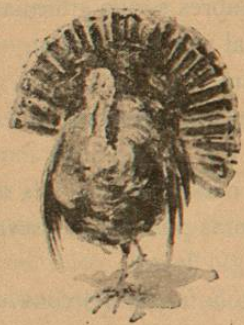


Aplastas de cadáveres montones,
Y entre nubes de fuego y humo y barro,
Arrojas sin cesar á las naciones
De crímenes y vicios un diluvio
Más torpe y destructor que el del Vesubio.

Ciencia infernal que todo lo destruyes
¿Con qué lo destruido sustituyes?
Con nada! hasta alardeas
De haber sustituido
Al reinado de amor y de esperanza,
El reino del puñal y de las teas.

Oh! si á esto solo tu poder alcanza,
Ciencia de Satanás ¡maldita seas!



JESUCRISTO

REY DE LOS BUENOS



JESUCRISTO

REY DE LOS BUENOS

SEÑORES:

MÁS turbulenta que el diluvio universal, más cenagosa que sus revueltas aguas, más asoladora que sus arbatados remolinos, una desbordada inundación de vicios cubría ya todas las naciones, aun las más civilizadas, y casi anegaba las montañas mismas de Sión, la mayor altura moral que entonces se conocía, cuando sereno, cortando la última línea del nebuloso horizonte, en una débil barquilla en que remaban doce pescadores, apareció Jesucristo Nuestro Señor y mandó á aquellas aguas seculares que retrocediesen. Replegáronse las ondas dejando en su retirada cubierto el suelo todo de profundo légamo, sobre el cual

salió Jesucristo, y resbalando por aquel piso cenagoso sin manchar sus immaculadas plantas, fué esparciendo en él semilla rica y nueva traída del cielo, que germinó en breve y cubrió toda la tierra de hermosísimas flores, nunca hasta entonces conocidas: vírgenes purísimas, Cecilias, Ineses y Lucías; niños angelicales, Pancracios, Tarsicios, Justo y Pastor; matronas nobilísimas, amparo de pobres y desvalidos, como Paula y Melania; sabios y señores humildes que llamaban hermanos á los pobres y esclavos, cual Trason y Pudente; pobres resignados, esclavos dóciles, esposas y madres de familia, magistrados justos y desinteresados, emperadores padres de sus pueblos, ofendidos que perdonan, Felicitas, Mónica, Constantino, Teodosio, Pulqueria, Nicéforo... ¿quién los contará? Sí; desde entonces nunca han cesado de renovarse estas semillas y estas flores. ¡Ah Señores! los que tengáis un superior benigno, un criado desinteresado, un amigo hasta el sacrificio, un bienhechor compasivo; los que tengáis una esposa fiel, una hija virgen, una madre abnegada, un hijo inocente, acordaos que se lo debéis á Jesucristo Rey de los buenos. ¡Alabadle! ¡benedicidle! ¡aplaudidle!

Y no vayáis á figuraros que estos buenos vasallos de Cristo son buenos con una bondad común, con esa honradez del buen sentido. La bondad de los vasallos de Cristo llega á un término desconocido en la antigüedad, llega á la abnegación por Cristo. Cuando Jesucristo manda alguna cosa, al punto salen mil servidores á hacerlo, mande lo que mandare. Mandó á unos salir de sus palacios, y salieron los Kostkas y

Gonzagas, los Flavios y Domitilas. Mandó á otros retirarse al desierto, y los desiertos de Siria, de la Arabia y Tebaida se poblaron de Pacomios é Hilaciones. Mandó á otros habitar en cuevas y fraguras de montañas, y los Pablos, los Teobaldos y Romualdos subieron á las camáldulas y ermitas. Mandó hacer penitencia, y el estilita subió á su columna, y Antonio se vistió de esteras, y Jerónimo se quebrantó el pecho con una piedra. Mandó sufrir con paciencia y mansedumbre, y sufrieron sin quejarse las Liduvinas y Margaritas. Mandó perdonar á los enemigos, y perdonaron los Gualbertos y Wenceslaos. Mandó dejar los honores, y ¿quién podrá contar los Guillelmos de Aquitania, los Franciscos de Borja, los Enriques y Fernandos, Casimiros y Luises, las Isabeles de Portugal y Hungría y los que, como aquel Rey Felipe II, exclaman: «¡No me importa perder á Flándes! ¡Quiéro más no tener vasallos, que tenerlos herejes!» ¿Quién podrá enumerar los sabios del mundo que desprecian por Cristo su sabiduría, como San Dionisio Areopagita, Sinesio, el divino Hieroteo, Arístides y Justino, los opulentos que dejan por Cristo sus riquezas, que vosotros los habéis conocido y tal vez son vuestros hijos é hijas, vuestros parientes y amigos? En fin, manda Cristo, y hasta los pecadores salen de sus delicias y vicios, y los Francos de Sena, las Pelagias, las Marías Egipcíacas, los Agustines, las Margaritas de Cortona y mil y mil otros abandonan sus placeres por la virtud.

¡Señores! ¿Puede darse mayor abnegación? Pues todavía Jesucristo ha querido tener vasallos más bue-

nos, y les ha pedido lo que ningún maestro jamás se ha atrevido á pedir á sus discípulos: el sacrificio de sus vidas en el martirio. ¿Y pensáis que se han arredrado? ¡Oh pueblo de buenos! ¡oh Iglesia estupidamente santa! De todos los climas, de todas las naciones, de todas edades y sexos y condiciones corrieron anhelantes á dar su sangre por Cristo millares y millares. Nobles caballeros, decrepitos ancianos, débiles mujeres, doncellas de cera, niños de leche, ejércitos, pueblos enteros, todos delante de los tribunales y magistrados exclamaron unánimes: «Moriremos por Cristo.» No sofocaron los tormentos tan generoso grito. Ni llamas, ni hambre, ni plomo derretido, ni ruedas, ni cuchillas, ni ecúleos, ni estanques helados, ni toros de bronce incandescentes, ni calabozos y bestias feroces, ni la más cruel carnicería en los ojos, en los pechos, en los miembros más sensibles del cuerpo, bastó á arredrar á los buenos soldados de Cristo, y más de doce millones en las diez persecuciones primeras abrieron el camino del martirio, que luégo siguieron 37.000 bajo el cetro del persa Cosroes, 72.000 bajo el de Enrique VIII, más de 900.000 en las persecuciones del Japón, y ¿quién podrá fijar número á cuantos sucumbieron en China y en Mogol, en Cochinchina y en Tonquín, en Corea y Tibet, las Indias Orientales y Occidentales y en la misma Europa, víctima de la perfidia herética? Y hoy mismo ¡plugiese á Cristo lanzar entre nosotros ese grito! que iríamos al punto á que despedazasen nuestras carnes y nos sacasen la sangre, y daríamos la vida, no llorando, sino contentos, como la han dado

ya, y en este mismo mes, en la China muchos hermanos nuestros. ¡Felices ellos que escribieron con su sangre, que Jesucristo es Rey de buenos! Porque decidme, Señores, ¿no es Rey de buenos un Rey que cuenta con millones de vasallos que han sacrificado sus vidas, y millones que están dispuestos á sacrificarlas por la virtud?

Y para que no confundáis este reinado de Cristo con una sociedad semisalvaje, y el heroísmo de los mártires con la estúpida rudeza de los bárbaros, ved entre los vasallos de Jesucristo junto al ideal de la fortaleza el ideal de la pureza, junto á la legión de los mártires la delicadísima corona de las vírgenes. ¡La virginidad! ¡la castidad! ¡Salve, virtud regalada del cristianismo, lirio delicado é incorruptible que solo brota en las tierras del cristianismo! ¡Oh! mi alma al pensarlo se embriaga de dulzura y de consuelo; y al ver que á mi lado crecen y han crecido Ineses y Cecilias, Eulalias y Potamienas, Columbas y Catalinas, Pelayos y Berchmans, Kostkas y Gonzagas, late deliciosamente mi corazón, me siento más joven, más noble, más sobrehumano, más ángel, y aborrezco más y más á los que, por distinto camino de Cristo, corren en pos de repugnantes deleites. *Procul este, profani!* ¡Fuera! ¡fuera del reino de Cristo el apóstata Lutero, el inmundo profanador de los votos de castidad! ¡fuera el lujurioso Enrique VIII con sus mancebas! ¡fuera la despechada é impúdica Isabel de Inglaterra! ¡fuera Calvino, el señalado en la espalda con la marca del impuro! ¡fuera el desenfrenado Zuingli!

¡fuera los que hoy siguen sus impuras huellas, esos modernos civilizadores que persiguen con rabia encarnizada á las vírgenes esposas de Jesucristo y prefieren los lupanares á los conventos! ¡Maldigámoslos! pues los maldicen los labios virginales de las Águedas, de los Pelayos, de las Lucías, de los Tomases de Aquino, de los Vicentes Ferrer y de centenares y centenares de miles de vírgenes, y todo el que tenga amor á la pureza exclame arrebatado: ¡Jesús Señor, hijo de la más pura de las Vírgenes! aunque no hubieras hecho más que enseñar á los hombres á vivir en la tierra como los ángeles, yo te adoraría, yo te amaría, yo me gloriaría de ser vasallo tuyo, yo te diría con delirio: ¡Tú, Señor, tú eres el Rey de los buenos!

Pero Jesucristo vino á hacer una renovación más profunda, vino á reformar la sociedad. Quería ser Rey no solo de individuos buenos, sino de sociedades buenas, y las que encontró cuando vino á la tierra eran las más deplorables. ¿Qué era allí la religión? Una institución abominable que hacía á los hombres ó crueles exigiéndoles víctimas humanas, ó impuros exigiéndoles en sus fiestas otro sacrificio más doloroso, el del pudor, y convirtiendo en dioses Júpiter, Vénus, Baco, los más degradantes vicios. ¿Qué era la mujer? Instrumento de placer. ¿Qué era la familia? Una carga tan desechada, que Augusto hubo de obligar con leyes y premios á que los jóvenes se casasen y criasen hijos. ¿Qué eran los hijos? Un estorbo. Algunas leyes mandaban no dar alimento y aun arrojar por una sima á los niños inhábiles para llevar algún

día las armas. ¿Qué eran los ancianos? Un trasto inútil: en las Galias los inmolaban á Mercurio. ¿Qué eran los débiles, los vencidos, los bárbaros? *Vae victis!* Recordad lo que el año pasado oísteis desde este mismo sitio (1), y digamos sin temor, que las sociedades ántes de Cristo no fueron sino inmensas gavillas de miles de bandidos que explotaban á millones de infelices, para cebar su gula, su orgullo, sus codicias é impurezas. La guarida fué unas veces Babilonia, otras Nínive, otras Tiro, otras Tebas, Alejandría, Aténas y Cartago. Cuando vino Jesucristo, la guarida estaba en Roma.

¿Y ahora qué somos? Yo oigo que nos lamentamos de nuestros tiempos, y quiero suponer que sean verdad esas quejas sobre filtraciones, abuso de gobernantes, avaricia de empleados, despotismo de los grandes; pero... ¡qué diferencia! Ya no vamos en número de cien ó doscientos mil á fabricar, bajo el azote de un capataz, el acueducto de Segovia ó la pirámide de Queops. No somos echados á los peces ni despedazados por el capricho de un señor sin entrañas. No vamos uncidos á la carroza de los vencedores, ni se nos ceba para salir al circo, donde una plebe salvaje palmtree al vernos entre los dientes de las bestias feroces. No nos lanzaron espartanas leyes en nuestra infancia, por enfermizos é inhábiles que fuésemos, por una sima. No son vuestras esposas é hijas juguete vil del que más puede. No teñimos ¡oh anciana-

(1) En otra academia que se tuvo el año 1899, titulada *El Coliseo*.

nos! vuestras canas con vuestra sangre sacrificándoos á Mercurio. ¿Porqué? Porque ya reinan doquiera las virtudes sociales. ¿Y quién las ha introducido? Saludad otra vez al Rey de la buena sociedad, saludad á Jesucristo, autor de la verdadera civilización. Él, con su Evangelio y su Iglesia, ha despertado en el hombre vivo sentimiento de su decoro, de su libertad. Él ha enaltecido á la mujer igualándola al varón, dándole el cetro de reina en la familia. Él ha constituido la familia llena de tradiciones y encantos. Él ha formado esa admirable conciencia pública henchida de principios de equidad y pundonor, que hace imposible aquella antigua y descarada soltura en los vicios, y restaña y cicatriza continuamente las heridas que á la pública moral inferen las pasiones de la inmoralidad privada. Él ha generalizado esta suavidad de costumbres, que en tiempo de guerra aminora sus crueles consecuencias, y en el de paz hace la vida más apacible y segura. Él ha arraigado un profundo respeto al hombre y á su propiedad, por lo cual son tan raros en el día los allanamientos del hogar privado. Él ha despertado un vivo anhelo de perfección en todos ramos, junto con ese espíritu de universalidad, de concordia, de propagación y de cosmopolitismo. Él en el magisterio continuo de la Iglesia y en los sacramentos, sobre todo en la confesión, por manera nunca vista nos ha dado un poder increíble de contenernos en lo recto, y repararnos de lo torcido, y rejuvenecer sin cesar tras los mayores caos y revoluciones. Él sostiene esa tendencia siempre viva á mejorar el estado de las clases numerosas. Él ha gene-

ralizado ese secreto impulso á amparar la debilidad, á socorrer el infortunio. ¿Cómo acabaré esta enumeración? Diré, Señores, que Cristo nos ha traído la civilización, y que quien hable mal de Cristo... ni conoce la historia, ni sabe filosofía, ni entiende de civilización, ni es bueno, ni culto, ni agradecido, sino bárbaro, y salvaje, y enemigo de toda sociedad, y digno de ser exterminado de toda tierra civilizada.

Y no necesitó para esto de teorías y pomposas disertaciones; le bastó infundir en las sociedades su espíritu, el espíritu de caridad. ¡La caridad! ¡Oh lengua mía! triunfa ya y habla bien de esta reina de las virtudes de los cristianos, porque muy inelocuente has de ser y ruda, si al exponer la caridad de los hijos de Cristo, no arrancas aplausos de admiración, no para mí, sino para el autor de la caridad, para mi Rey Jesucristo. ¡Oh Señores! En medio del egoísmo individualista de la sociedad antigua, lanzó Jesucristo esta voz á sus discípulos: «La señal en que conocerán todos que sois mis discípulos, es que os améis los unos á los otros.»

¡Ea pues! extended una mirada sobre los campos de la historia, y á ver si encontráis una necesidad á que, cuanto está de su parte, no haya atendido el catolicismo. Para los idólatras hay Franciscos Javieres y Solanos, Bonifacios y Agustines. Para los leprosos, Padres Damianes que se encierran con ellos en las leproserías de Molokai. Para los pobres de las buhardillas, Federicos Ozanam. Para las mujeres de mal vivir hay Franciscos de Jerónimo y Vizcondesas

de Jorbalán. Para los negros esclavos, Sandoval, Claveres y Lavigeries. Para los apestados, Federicos y Carlos Borromeos. Para los que sucumben en el campo de batalla, Hermanas de la Caridad. Para el condenado á galeras, Vicentes de Paúl. Para los cautivos, Paulinos de Nola. Para los gladiadores hay un Almaquio. Para los desterrados de Siberia un Otzestko y un Gromadski. Para los emigrantes á América sociedades de San Rafael. Para los pescadores de Islandia, para el peregrino á Jerusalén, para el viajero de los Alpes, hasta para el chicuelo que vende periódicos hay favor, amparo, defensa, pan, lecho, abrigo ó consejo. ¿Diré las limosnas que, no sólo los ricos, sino los pobres han dado y dan por Jesucristo, para hospitales, cárceles, conversión de infieles, socorro del Papa, ofreciendo tal vez los mendigos sus limosnas, las criadas sus pobres ahorros, los soldados su tabaco, las damas sus aderezos y las jóvenes sus trenzas, que se las cortaban para venderlas para otros?

Pero, Señores, no puedo detenerme en casos particulares. Esta caridad se ha infiltrado en la sociedad para extinguir todos los abusos y derramar un océano de beneficencia pública. Encontró la esclavitud, y la abolió; encontró la lucha perpetua, y puso la tregua de Dios; encontró el feudalismo, y le deprimió; encontró el abuso del débil, la intemperancia del vencedor, el desprecio del necesitado, la usura, el odio universal, y los tiene continuamente aherrojados. Y en cambio, ¿qué ha introducido? ¡Ah Señores! ¿cómo es posible saber, ¡qué saber! cómo es posible enumerar lo que la beneficencia pública cristiana ha hecho?

todas esas admirables y variadas fundaciones para pobres, huérfanos, expósitos, peregrinos, ancianos, viudas desamparadas, niños de jornaleros, mujeres caídas, sordo-mudos, dementes, condenados á muerte, presidarios y encarcelados? ¡Oh gloria del reinado de Cristo y de solo el reinado de Cristo! que esto nunca lo hará el espíritu humano llevado de su natural y filantropía. La caridad pública y privada es don divino, y no la han tenido sino los vasallos de Cristo; y por eso aquí todo paralelo es imposible. ¿Qué paralelo es posible entre la sociedad cristiana, que no tiene pueblo sin hospital, y aquella Roma, que contando con cerca de cuarenta y nueve mil casas, no tenía ni una sola para acoger á los desvalidos? ¿Y qué digo tener? ¿acaso las conoció? Abrid el Diccionario latino, y no encontraréis ni nombre para hospital. Preciso fué que lo inventasen San Jerónimo y Justiniano, formando de dos dicciones griegas la palabra *nosocomium*.

Y si hoy aun fuera del catolicismo hay beneficencia, Señores, ese honor lo reclamo para Jesucristo, porque esa beneficencia no es más que los buenos hábitos que la Religión católica ha introducido en la civilización europea.

Pero no, he dicho que no hay paralelismo posible entre los súbditos de Cristo y los del mundo; y sí hay uno: es el paralelismo de oposición. Nosotros elaboramos la prosperidad popular europea: ellos con la reforma protestante la echan por tierra. Nosotros beneficiamos á los indios: ellos los han hundido. Nosotros levantamos hospitales riquísimos: ellos los han

destruido. Nosotros establecimos fundaciones benéficas, y han desaparecido. Nosotros vamos, y asistimos, y auxiliamos, y morimos junto á los leprosos, coléricos y apestados: ellos escapan de su lado. Nosotros organizamos conferencias: ellos roban sus fondos. Nosotros fundamos círculos de obreros: ellos *clubs* revolucionarios. Nosotros casas de recogidas: ellos casas de pérdidas. Nosotros tenemos quienes se imponen sacrificios, privándose de diversiones, comiendo alubias sin aceite y vistiendo percal para visitar al pobre y darle lo que gastarían en platos de perdices y vestidos de seda; y ellos ejercitan la caridad bailando, y toreando, y arrojando al pobre las sobras. En fin, nosotros sabemos fundar hospitales de hombres y dar la vida por el prójimo: ellos crean sociedades protectoras de animales, cementerios de perros y modas tan filantrópicas como la de los yanquis, donde de ellos y ellas hay, que, no ya con piel de liebre ó de cabrito, sino con piel humana, fabrican sus estuches, sus carteras y los cinturones con que ciñen sus delicados talles.

Y lo que llega al colmo, Señores, este salvajismo civilizado de los malos, que empezó con la reforma protestante, antítesis perfecta del reinado de los buenos de Cristo, ha terminado hoy por un crimen de lesa beneficencia y caridad cristiana. Había Jesucristo constituido al clero secular y regular, patrono y amparo del necesitado; y el que diga que no lo fué, da muestras de ignorar la historia de los caminos, de las calzadas, de los hospitales, de los colonos, de las casas de expósitos, de los colegios, de las escuelas,

de los hospicios, de las casas de recogidas y sobre todo de los mendigos, y no haber oído jamás los nombres de Barrantes, San Quirce, Navarrete, Mendoza, Vela, Quirogas y Cuadrilleros, Anayas y Maldonados, Villanuevas, Riberas y Cisneros... ¿quién va á nombrarlos todos? Este clero tenía mucho dinero (ménos de lo que decían los que se lo envidiaban, aunque mucho más de lo que pareció cuando lo robaron), un tesoro que los fieles de Jesucristo les dieran, viendo que favorecían las buenas obras. Pero los que no eran vasallos de Cristo se lo robaron, y desde entonces ya no favorecen á los pobres: cerróse aquella mano que á tantos socorría. No tenían para sí, ¿qué habían de dar á los demás? Hubo sacerdote que se vió precisado á ir á picar piedra para sustentarse. Hubo monjas que por tres meses se alimentaron, dieciseis que eran, con seis libras de patatas al día. Pero entonces se vió claro que la beneficencia verdadera es obra del Rey de los buenos. Apareció una plaga hasta entonces desconocida, el pauperismo. ¡Ah Señores! ya no reclama la Iglesia sus cálices, sus casullas, sus templos, sus ermitas, sus cuadros, tapices, joyas, dotes de monjas, bienes de conventos, bibliotecas: todo lo perdonó... Pero los tesoros de los pobres, ¿dónde están? ¿Quién tiene las riquezas de aquellos Obispos de Cristo, que no las distribuye entre tantos necesitados? ¿Quién posee las fincas de aquellas iglesias de Cristo, que hoy los colonos no pueden levantar cabeza? ¿Qué han hecho esos poseedores por el bien de la nación? ¿Han hecho entre todos ellos lo que hizo uno solo, por ejemplo, el Prelado de Plasen-